

Discreta noticia sobre un escandaloso acto de indisciplina epistemológica sin precedentes perpetrado violentamente contra un examen con el turbio objetivo de ridiculizarlo e impedirlo, y sobre algunas de las consecuencias trascendentes e indeseables que tan impertinente atentado contra el orden sagrado de la ciencia ha llevado consigo

Todo comenzó una calurosa tarde veraniega en los sofocantes pabellones de la sección de arquitectura del ghetto universitario. Aquel día debía celebrarse ritualmente el juicio de los examinandos del subdepartamento de estética. Todo estaba formalmente dispuesto para el acto académico, los tribunales competentes y los instrumentos que el Estado delega para llevar a cabo esta clase de tormentos. Y todo parecía cumplirse con científica precisión ex-acta. Pero sucedió algo atroz:

Unos desconocidos impidieron la entrada en las aulas mediante una astucia infame. Habían atado literalmente todos los bancos entre sí creando un fabuloso laberinto de cables, cuerdas y cordeles que obstaculizaban el paso cual si se tratase de ciclópeas telas de araña. Cálculos posteriores arrojaron la cifra exorbitante de trescientos mil mts. de cable plástico para tan lamentables fines. No sin esforzado heroísmo, algunos examinandos disciplinados lograron romper aquella barrera, pero apenas se había vuelto a la calma, cuando vino a añadirse otro suceso todavía peor:

En el centro geométrico de la sala (aspiración cósmica de la violencia de aquella provocación) se advirtió de pronto la presencia de un individuo impertinente y maléfico. Llevaba grandes barbas negras, lo que, no obstante, permitía entrever una sonrisa no sólo maligna sino, además, tímida. Unas gruesas gafas ocultaban los ojos del delincuente, que, tras su gesto retraído, delataban pérfidos reflejos de ironía. Aquel sujeto se había provisto de un aparato magnetofónico y con él reprodujo durante toda la ceremonia del examen una insidiosa música fúnebre. Mas no fue aquello lo más ignominioso. Junto a su pupitre, había colocado un pequeño candelabro con una bujía encendida, símbolo asimismo de la muerte, y a su lado expuso un lacrimario que, para colmar el delito, había sido llenado fraudulentamente con un alcohol extraño.

El profesor adjunto que a la sazón hacía las veces de

regidor y verdugo -un desconocido, por otra parte- reaccionó frente a aquel confuso desorden con una serenidad que lo delataba como a un ser impávido. Se limitó a un vago ademán, e hizo como si nada hubiera sucedido, a imagen y semejanza de los más corruptos poderes en estos últimos tiempos de catástrofes y desgracias. Sin embargo; su sagaz visión advirtió tempranamente la amplitud del asunto.

Evidentemente, se trataba de una declaración de muerte a la estética: la música fúnebre, la vela, el lacrimario... y no debe olvidarse la posición geométrica del delincuente y la descarada invocación cosmológica ligada a todo ello. Luego se asociaba la muerte de la estética al hecho mismo del ritual del examen, precisamente a través de aquella maraña de cuerdas. Por si eso fuera poco, el individuo en cuestión entregó un examen -apócrifo, por más inri- en el que se decía entre otras obscenidades que hablar de Picasso en semejantes circunstancias significaba tanto como enterrar en vida al arte y a la fantasía. Pero no contento aún con esta sarta de despropósitos, aquel pérfido ser realizó un trabajo de investigación que no era más que un conjunto de hojas en blanco, dando a entender con ello no sólo que no había nada que decir, sino además que, así haciendo, ya se había dicho todo.

Se avisó urgentemente a los nuevos laboratorios de la nueva policía. El especialista político profesionalizado detectó científicamente antecedentes terroristas en la mayoría de los examinandos. En efecto, más del 95 por ciento habían mentido en sus casas, burlado a los profesores en la escuela, enulado a moscas con papelitos y practicado formas no-estatales de sexualidad en las letrinas. El especialista en estufefacientes no halló, en cambio, vestigios de drogas entre los restos de nicotina, calmantes químicos, cafeína y sustancias mercuriales sedimentados en los suelos de las aulas.

Un profesionalizado especialista de una universidad americana realizó

investigaciones complementarias cuyos resultados se mantienen secretos. Unos rumorean que se trataba de un vulgar antropólogo que había acudido al lugar para reconstruir el último acto de humor en la Europa amenazada de nuclearización por sus gobiernos detestables. Otros dicen que era un alto agente venido a investigar si esta clase de bromas pueden convertirse en epidemias peligrosas para estos mismos gobiernos.

Algunos pedagogos conductivistas, asimismo profesionalizados, estudiaron el caso para averiguar los nuevos paradigmas de comportamiento escolarizado, y los psiquiatras acudieron para aconsejar el uso profiláctico de psicofármacos. No faltaron filósofos indignados por tan escaso respeto a la metafísica, ni periodistas que tergiversaron los hechos a través de los medios.

Los ordenanzas y bedeles, sin poseer especialidad propia, arrojaron la atrevida tesis de que aquella infamia tenía algo que ver con los hechos de enero. Uno de ellos insinuó incluso que en los exámenes se consumía mucho papel y que aquello era mucho derroche para tan poca cosa.

Pero lo más terrible de aquella acción terrorista fueron sus consecuencias. Los profesores, perdida de este modo su identidad estatal, institucional y sádica, hicieron varios intentos de suicidio. Otros se atrincheraron en sus casas con escopetas por miedo a que la ironía se expandiese e hiciera estragos. Y la administración, todavía más insensible y temerosa, meditó nuevos sistemas de selección, más crueles y más bárbaros.

Eduardo Subirats

